

La oscura historia de mi madre

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: Auguste Macke, *Madre y niño*

en el parque (1914) © Alamy

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ana Rodríguez Fischer, 2026

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-74-5

Depósito legal: M-13.833-2026

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Ana Rodríguez Fischer

LA OSCURA HISTORIA
DE MI MADRE

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Friedrich	13
Charles	41
Vincent	81
Arthur	115
Virginia	143
Marina	199
Irène	245
Marguerite	281
<i>Referencias</i>	313
<i>Agradecimientos</i>	315

*A la memoria de mi madre,
que nos llevó hasta la poesía*

*Furia color de amor.
Amor color de olvido.*

LUIS CERNUDA

FRIEDRICH

Querida, eternamente amada y muy respetabilísima madre mía:

Si no le parece mal, vuelvo a tomarme la libertad de escribirle otra carta, como ya es casi costumbre. El señor y la señora Zimmer han tenido a bien recordarme que no debo descuidar mis atenciones con usted para, mediante estas líneas que le envío, demostrarle la constancia de mi respeto y manifestarle una vez más todo mi afecto y gratitud por las bondades varias con que me ha obsequiado a lo largo de la vida. Y aunque le escribo movido por el respeto y la obediencia y la congoja ante la enorme deuda contraída con usted por los extremos sacrificios y esfuerzos realizados durante tantos años en bien de su pequeño Fritz, no es menos cierto que igualmente lo hago con el corazón regocijado y el ánimo feliz, pues para mí constituye un verdadero deleite hacer uso del permiso que usted me otorga y poder seguir escribiéndole. Solo espero no resultarle pesado con tanta repetición, pues por lo común le transmito los pensamientos y las convicciones que siempre le he manifestado, si bien ahora mis cartas no pueden ser gran cosa porque van escritas con las menos palabras posibles, ya que de momento no tengo otra manera de expresarme. Le ruego, madre querida, que lo entienda y no me juzgue erróneamente. Sin duda tiene usted razón de tomarse algo a mal lo escasas y escuetas que son mis cartas, pues sé del mucho valor que le concede a su frecuencia y extensión, pero yo nunca mediré el cariño según ese rasero. He tenido ocasión de ver redactar muchas cartas a quienes durante largo tiempo vivían muy lejos de sus seres queridos y, sin embargo,

tales misivas casi siempre eran breves. Mi mayor deseo, una vez más, sería complacerla, pero, ¡una vez más!, no me será posible hacerlo.

Me consuelo pensando que al menos de este modo no la incomodaré a usted con los largos razonamientos en que otras veces incurría. Ni tampoco se enojará ya como antes, cuando se veía obligada a leer mis poemas y los trabajos que a menudo le enviaba, o, si no quería hacerlo usted misma, dárseles a leer a mis hermanos para así responder a mis súplicas, que la instaban a que me diera su parecer. Lo hacía sin propósito de molestarla y solo con el ánimo de proporcionarle alguna distracción. Y también para que aprobase el buen uso que su pequeño Hölder hacía de sus fuerzas. Créame que no fueron otros los motivos que a ello me movían, sino únicamente la esperanza de poder alguna vez regocijar el corazón de mi respetable madre mediante frutos que fueran dignos de los cuidados que de ella recibí. Y así debe entender también la intención que me guio al mandarle otros papeles donde se hablaba de mi obra. Por mucho que por lo general procuraba no enorgullecerme ante usted de mi modesta reputación como escritor, sería pueril no comunicárselo y privarla de esas pequeñas alegrías solo por miedo a que usted me acusase de inmodestia o, peor aún, porque temiese que la vanidad se adueñaba de mí. Créame que no otra cosa pretendía más que mostrarle mi incesante desvelo por dotar mi obra de toda la perfección de que era capaz, hasta el punto de que la gente preguntase cuál era mi lugar natal y quién tenía la dicha de ser mi madre, pues todos mis esfuerzos iban encaminados a insertar en la posteridad mi nombre y el suyo entre los de nuestro pueblo.

Esa sería mi recompensa más hermosa.

Y la suya, una vez hubiera yo alcanzado la gloria que me corresponde, sería el poder librarse de las muchas molestias que sin duda le causaban mis *escritos petitorios*, cuando desde el convento le anunciaba, desesperado, que ya había consu-

mido todo el café y el azúcar que usted me había mandado y que, a veces, añoraba un buen desayuno, pues para no hacer trabajar la cabeza con el estómago horriblemente vacío, me veía obligado a tomar una sopa que ni el más mísero de los jornaleros comería sino con verdadera repugnancia, y que me sentaba tan mal que ganas me daban de arrojar el cuenco contra la pared de la rabia que sentía. Ha sido usted una madre tan tiernamente preocupada por su hijo, que no vacilaba este en pedirle cuanto necesitaba para satisfacer su alimento y procurar su bienestar, enviándole la ropa negra para la colada, camisas y otras prendas que precisaban de algún remiendo, medias algo dañadas que requerían zurcirse o teñirse para evitar el gasto de comprar un par nuevo, o la levita a la que se debía cambiar un cuello ya muy rozado. Y me duele mucho más de lo que puedo expresarle recordar las muchas veces que usted me apremiaba a tener cuidado con la ropa, ¡como si yo ignorase que era mi obligación! Le pido disculpas por todas las penosas tareas que le he encomendado, pero créame que lo hice para mantener la dignidad de mi persona, así como para evitar mayores gastos.

Por eso no entiendo por qué se enojó usted tanto conmigo a propósito de las hebillas.

A juzgar por el tono de sus acusaciones, sin duda le concedía usted gran importancia al asunto, pero de ningún modo puedo admitir que el trato al que llegué fuera poco inteligente, según me censuró usted. Porque sucedió de este modo: mi condiscípulo Märklin vio en el taller del platero unas hebillas que a mí me habrían resultado demasiado pomposas, pero que a él le gustaron mucho. Como yo *debía* refundir las mías, lo que me hubiera costado cuatro florines, me propuso, a un buen precio, quedarme con las suyas de antes, que pesaban ocho veces más que las mías viejas, pues el platero aceptó mis hebillas por diez florines sin necesidad de un mayor desembolso por mi parte. A cambio, llevé buena plata en mis hebillas, lo cual avala lo acertado de mi decisión. Pues sepa usted

que ni siquiera los corceles de Febo viven del aire, como nos cantan ciertos poetas, y por eso siempre he sido muy cuidadoso y ahorrativo.

Admito que en alguna ocasión la molesté y cargué con peticiones y asuntos algo más superfluos, como adquirir —por encargo de un buen amigo— una flauta de boj revestida de cuerno en la tienda del señor Wohlhaupter. Sin embargo, convendrá usted conmigo, querida madre, que tales demandas eran requisitos imprescindibles para mi futuro, si es que aspiraba a ser reconocido por las gentes respetables y admitido en *su* sociedad, según no se cansaba usted de predicarme. Así, con ocasión del cumpleaños de *nuestro* duque, me atreví a molestarla pidiéndole que me enviara un par de jarras de vino, pues en Maulbronn la efeméride se celebra con mucha pompa: prelado, damas y caballeros, muchachas y estudiantes y escribanos se pasan la tarde disfrutando de la música, los discursos y los recitales de poesía, y por la noche despliegan farolillos. Yo mismo tuve el honor de actuar en calidad de poeta, aunque la noticia no le alegrara a usted especialmente. Como la gente se agrupaba para llevar la comida y la bebida, también mis amigos y yo decidimos pasar el día juntos, reunidos alrededor de la mesa como abejas en torno de la encina, hablando entre bromas y veras, igual que hacíamos en casa del abuelo los días de fiesta, cuando entonábamos cantos y alzábamos la copa para brindar y usted también me daba a beber del vino cosechado con los racimos purpúreos que se mecían en las alegres viñas que rodeaban la casa. ¿Acaso el vino no acompañó también al Hijo del Altísimo y sus discípulos la noche de la última cena cuando, presintiéndola, Cristo anunció su próxima muerte? Por eso los poetas dedicamos a Baco graves cantos, pues al dios del trueno le debemos las ardientes visiones que nos trae la dicha del vino.

Mas no debería haberse preocupado tanto aquella vez por el asunto del vino, madre querida, ya que por lo común no lo bebía. En el convento, casi siempre renunciaba al que se

servía con las comidas para así recuperar su importe, que se nos devolvía en metálico, y de ese modo, con los carolines ahorrados, poder darme alguna inocente alegría, por lo común un buen libro, aunque en ocasiones también empleaba ese dinero en otros asuntos igualmente necesarios. Y créanme: ¡aún siento una rabia profunda al recordar los gastos de licenciatura! Para el fisco, es decir, la caja que va a parar al bolsillo de los señores profesores, treinta florines. Para las disquisiciones otros treinta, de los cuales un carolín fue para el señor profesor Bök, con quien tuve que disputar, y el resto para la impresión y encuadernación. Para las clases, otro tanto. A lo que hubieron de sumarse más gastos suplementarios, como el convite en la posada, que se tenía por costumbre ofrecer siempre que por la mañana se defendía la tesis, y que me supuso un desembolso de once florines. Daba rabia ese dispendio, por ser tan fútil. Si por mí fuera, todos los títulos de licenciado y doctor, y los de alta cuna u otros tratamientos honoríficos estarían en la mismísima Morea.

Ahora ya no debe preocuparse más por mí y me complace darle una gran satisfacción con que aliviar lo duro de su vida comunicándole que ya no se verá obligada a enviarme dinero y que, de ahora en adelante, dejaré de ser una carga para usted. Considere además que durante esta temporada ando medio escondido, lejos de la *sociedad*, y sin las gravosas *obligaciones* que en otras circunstancias me vería forzado a atender.

Debe saber que mi noble y leal servidor, el muy honorable Zimmer, asistido por su dueña, la señora Zimmerin, y por su hija, la gentil doncella Lotte, cuidan de satisfacer todas mis necesidades, por lo que no tiene usted que hacerse cargo de mi sustento. Tengo buen apetito y duermo como un lirón, salvo cuando sufrimos los fuertes calores del verano, que agitan mis noches y me impiden descansar. Mas ello no debe preocuparle, querida madre. Mi salud, que tan a menudo se ha mos-

trado dependiente de mi espíritu y mi ánimo, ha recuperado un perfecto equilibrio. Hace ya mucho tiempo que disfruto sin perturbaciones de ese precioso bien y esto me alegra tanto más en cuanto que siempre temí que mi estado enfermizo durase para siempre, debilitándome la cabeza e impidiéndome pensar y escribir, pues eso era precisamente lo que hacía más molesta mi enfermedad y a la vez me irritaba profundamente. Así que no ha de temer por mi salud. Aquí gozo de más atenciones y cuidados de los que pueda esperar un extraño. Y aun cuando no fuera así, tampoco debería usted preocuparse pues, aunque no lo entienda, ha de saber que a veces sin embargo también los ojos claros gustan de las sombras.

Voy a intentar explicárselo.

Si bien sencilla, mi habitación tiene un gran ventanal desde el que gozo de una encantadora vista: los sauces que se mecen sobre las aguas del Neckar, las deliciosas praderas y pastos ribereños que flanquean sus orillas, las aldeas risueñas y, más al fondo, la montañosa cadena del Alb. Algunas noches, acabadas mis tareas, me siento junto a la ventana en un rincón iluminado por la luna, y cultivo mis pensamientos. Un tálamo con su mesita, un arcón, dos candelabros y un escritorio rebosante de papeles y libros que también yacen por el suelo me acompañan día y noche. En la actualidad, busco refugio en el señor Kant: estoy estudiando el tercer tomo de sus obras y también me ocupo de la nueva filosofía. He abandonado a Homero y a los poetas antiguos, pero leo con sumo gusto al gran rapsoda Klopstock, sus odas y su epopeya bíblica *Mesías*, junto a los poemas del ardiente Schiller, que siempre me han dado nueva vida y me recuerdan el tiempo en que su amistad encendía mi ánimo y mi corazón se ensanchaba de felicidad. Mas lo que en verdad me entretiene jornadas enteras es un librito de tapas verdes que contiene las cartas de *mi* bienamado Hiperión a Belarmino, y de Hiperión a *su* adorada y radiante

Diótima, junto con las que ella le escribía a su *alocado* amante. Cientos de veces las declamo para mí solo en voz alta, o se las leo con depurado sentimiento a todos cuantos me visitan, especialmente a los estudiantes de Tubinga, que me tratan con sumo respeto y a veces me invitan a sus fiestas, y con quienes canto y recito como un jovenzuelo, y al oírme exclaman: «¡Qué hermoso, qué hermoso, señor Scardanelli!».

Pues debe usted saber, madre, que desde hace algún tiempo tengo un pequeño diván que me proporciona grandes alegrías al poder leer cómodamente tumbado en él durante largas horas. Es un obsequio de uno de los señores principales que acostumbran a visitarme: tan pronto lo hace su real majestad como su santa santidad o el rector magnífico de la Universidad de Berlín, mi tocayo el profesor Hegel. Todos ellos me dispensan el más alto reconocimiento por mi obra y por los indudables dones que la divinidad y la naturaleza me han otorgado, y a quienes correspondo con los debidos honores y cumplidos, recibéndolos con grandes reverencias, henchido de afable gracia así como de exquisita cortesía.

Su alteza serenísima, la princesa Augusta de Hesse-Homburg, por ejemplo, me ha regalado una espineta, y cada día pulso en ella las dulces melodías de antaño. Puedo pasar allí sentado horas y horas tocando, pues, al poco de empezar a deslizar mis dedos por el teclado, mi alma se enternece y siento casi aplacada la inquietud que en ocasiones me abrasa. Es la inquietud que anida, quiéralo él o no, en el alma del poeta, y que el común de los mortales desconoce. Entonces cierro los ojos, alzo la cabeza hacia los seres celestiales y les dedico un canto que solo nosotros comprendemos; un canto que aprendí del ruiseñor en la frescura de los bosques cuando ya el día se encaminaba hacia la luz tenue de la tarde, la hora en que el Creador se inclina hacia la tierra y nos mira a los hombres con suma indulgencia. Y soy feliz. Hasta que declina la luz amiga y llega la tenebrosa noche, cuando todo se funde en un desorden y reina el caos primigenio.